





UNA HISTORIA  
ESCRITA POR ÉL



Osniel Andina

UNA HISTORIA  
ESCRITA POR ÉL



Primera edición: marzo 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Osniel Andina

ISBN: 978-84-19151-76-6

ISBN digital: 978-84-19151-77-3

Depósito legal: M-8630-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España







## Preludio

La tarde aletargada, adormecida como olvidando su deber de dar paso a la noche. Eran de esos días de invierno cuando la puesta de sol se hace nostálgica, como si acompañase al sentimiento de despedida de un viejo amigo o a la espera de una conocida sentencia. Los días de vida, días de verano donde se respira una cálida brisa libre de preocupaciones habían terminado. Un ambiente cargado e inquietante reclamaba su momento de trono, hondeando en cada rincón del mundo, como dos caras de una moneda, se sucedía el fin de una época y el principio de otra. Aquellos más instruidos conocían su significado, solo unos pocos eran capaces de ver claramente lo que había tras la densa cortina de humo sin embargo otros muchos que aun sintiendo en carne propia la intensidad de la llama, se imbuían de coraje para darle la espalda, esos que se negaban a ver lo obvio aferrándose a una vana ilusión de felicidad, orgullosos de su suerte, contentos y a salvo, a salvo de un fuego que se había iniciado lejos con el objetivo de consumirnos tanto a unos como a otros.

Realmente es como si no hubiera existido un momento anterior a este, nada absolutamente nada, como si todo hubiese permanecido detenido en el tiempo hasta ahora y de un instante a otro toda esa pesada maquinaria que conformaba la realidad, cobrara vida, haciendo girar un complejo de engranajes para dar paso al movimiento de un mecanismo mucho mayor e imparabile que te hace sentir tan pequeño ante la inmensidad de lo que se avecina. Es duro pensar en ello, sobre cómo nos creemos gigantes y nos

olvidamos del mundo. Por más fuerte que me repita ser frente al espejo cada mañana, aunque tenga esas mil y una historias donde soy un héroe victorioso por haber salido de lo que para mí es una gran hazaña, nunca estoy lo suficientemente preparado para vivir otro desafío aún más fuerte que el anterior. Pero qué problemas se pueden tener en esta parte del mundo donde las vidas de todos parecen encajar como un puzle, donde se nos garantiza seguridad, bienestar y confort. Ahí está el problema, en un mundo donde lo tenemos todo más fácil, nos encargamos de buscar retos para darle sentido a una vida finita y predecible de la que queremos llevarnos buenos recuerdos. Sin eso, ¿qué constancia tendríamos de la realidad? Además de ser algo vano y sin sentido.

## Capítulo I

### Las segundas partes nunca fueron buenas

Todo, todo empezó a correr esta tarde, después de al parecer siglos viviendo en una imagen congelada en blanco y negro. Este momento comenzó a desparezarse como el hielo cuando se derrite en primavera, a coger color, pero incluso al color le faltó madurar, los primeros tonos en llegar fueron esos azules, azules tristes después del negro. Se mantuvo no sé cuánto tiempo una extraña danza entre tonalidades muertas, como dos amigos que se reencuentran tras la pérdida de un tercero, o un cortejo no correspondido. Podría haber sido una perfecta obra de arte para alguien que verdaderamente supiera apreciarlo. Ellas, esas dos mujeres, tan opuestas como el día y la noche fueron la llave creada para dar riendas sueltas a todo este movimiento. Manejado por mi maldita curiosidad, mi estúpida necesidad innata de ver qué hay más allá, fui seducido por el misterio que las envolvía, la fama que las precedía y no fue sino el acercarme demasiado al sol lo que quemó mis alas.

Coincidir con ellas, las dos hermanas de las que todos hablan y comparten su increíble historia, no fue particularmente difícil. Ahora que en todas partes conocen su talento, se habían vuelto una meta para mí, algo casi inalcanzable pero con el casi me basta. Solo había conseguido acercarme a una de ellas, me las apañé para que cada suceso como el efecto dominó condujera hasta este momento, esta noche, era esa fiesta donde se reúnen las caras conocidas, donde se felicitan y se matan con la misma sonrisa. Falsos

decorados para maquillar lugares inventados y atraer a gente de papel, con algo escrito ya contado. No soy más que una cara entre la multitud, pero he tenido siempre el don de serle familiar a todo el mundo o de sonarles de algo aunque no me hubieran visto en su vida. Soy ese a quien nadie conoce, pero me basta con unas pocas miradas sutiles para que comiencen a cuestionarse si realmente hemos coincidido anteriormente. Les surge una vaga idea de habernos visto fugazmente en algún momento. Ya van tantas historias que he perdido la cuenta, puedo ser ese de aquella fiesta en la piscina amigo de un amigo o aquel de la tarde en la playa que apareció de brazos con la prima de la cumpleañera. Cada historia supera a la anterior, esta noche, quizás era el acompañante de una *celebrity* olvidada, al que lleva a todas partes como complemento porque queda bien, no pregunté detalles al pasar el control de seguridad sin identificación. Coincidir con ella, de las dos hermanas la más pequeña, estaba planeado, algo casual era el plan y así fue.

Estaba dentro, el bullicio y los focos iban y venían, la gente se saludaba con un abrazo a la vez que se apuñalaba por la espalda al dar la vuelta. «Menudo atajo de hipócritas», pensé, sin detenerme a contestar preguntas absurdas de los presentes con la intención de incluir a cualquier morador de poco renombre, en un festival de caza al que llaman «convención social». Poco a poco fui abriéndome paso entre la muchedumbre aglomerada, unas cuantas preguntas a gente con ganas de tener voz me ayudaron a llegar hasta ella. Mezclarme entre su selecto grupo de acompañantes de la noche fue tarea fácil. Unas palabras, dos o tres miradas a sus puntos de apoyo y estaba dentro. Una vez fui parte de este grupito de cuatro, abrirme paso hasta la cúspide de la pirámide, hacia ella, tenía que ser algo gradual y no directo. Esto fue lo más desafiante, los tres pugnaban por ganarse el privilegio de ser su favorito, de demostrar que tenían algún valor, para tal vez ponerle precio a algún titular a la mañana siguiente, así funciona esto. Ocupé sitio, juntos a ellos, sentado alrededor de una mesa redonda y dos sofás de diseño en torno a ella, a modo de semicírculo.

Primero que todo, estaba ese cara bonita engréido a su izquierda, revoloteándole cual abeja, sin parar de zarandear el casco sobre el que apoyaba las manos para presumir de moto nueva. Podría decirse que relucía solo, sin un rasguño, un yelmo aburrido con poco que contar, seguramente lo más lejos que había llegado era hoy, a esta mesa, en esta noche. A la derecha de ella, estaba uno de sus puntos de apoyo, una chica bastante elegante, quizás demasiado, con uno de esos vestidos meticulosamente escogidos para la noche, de los que solo a quien los lleva puestos les hace pensar que transmite algo. Junto a esta, el otro punto de apoyo, un chico bastante amanerado pero ataviado de una manera más informal, me gusta su forma de vestir, llevaba chaqueta estilo universitaria, sobre un polo blanco y pantalón negro con deportivas. A su lado yo y el más próximo a mi derecha era el insecto arrogante que no dejaba en paz a de las dos hermanas, la más pequeña. Ellos parecían competir por apoyar cada una de sus decisiones como un tribunal sobornado y alabando su grandeza con la precisión de un reloj, tenía bien entrenadas a sus mascotas. La chica de apoyo, entre medias, me dejaba caer unas miradas, dando un pronunciado sorbo al cóctel que había pedido, se mojaba los labios y lo dejaba en la mesa.

Esperé el tiempo suficiente para que no pareciera que interrumpía su ritual de adoración y corté el hielo con algo trivial. Saqué a relucir el tema de «la comidilla del momento» sobre el trabajador a media jornada que había descubierto uno de los misterios más envolventes en un pueblo casi olvidado. Solté la trama sobre el tablero, esperando que se lanzaran a por ella con la ferocidad de sabuesos por un pedazo de carne. Sabía que no se resistirían a la oportunidad de sobresalir entre los demás por un minuto de gloria. A mi izquierda ambos puntos de apoyo, la chica del vestido enigmático y el chico amanerado con estilo, casi que vomitaron todos los detalles, disputando por el puesto de voz cantante.

—Se me hace tan inverosímil que alguien así haya podido dar con la historia que encerraba una lápida de casi tres siglos de anti-

güedad y dos personas sin relación aparente —apuntó él, el primer punto de apoyo, haciendo uso de una pronunciación que a mi parecer fue perfectamente pulcra.

—Aquel obrero solo estaba de escapada para despejarse cuando se encontró envuelto en el misterio que lo lanzaría a la fama —agregó la chica a su lado y segundo punto de apoyo.

—Estuve indagando en la biblioteca de mi padre, que es juez, sobre el cuadro pintado durante la Gran Guerra y es cierto, todo concuerda —dijo él inflando el pecho lleno de orgullo, en el momento que la chica del vestido enigmático volvía a interrumpirlo.

—Ya sabemos todos en esta gala que tu padre es juez, no tienes que repetirlo cada vez que respiraras —le increpó.

—Yo al menos sé cómo respirar —replicó el primer punto de apoyo con un tono irónico. El ambiente podría cortarse con unas tijeras sin filo y así continuaron un buen rato. Mantenían una especie de relación de codependencia donde uno no parecía vivir sin el otro, cuando terminaron de sacar todo el veneno, se dieron un abrazo, sin realmente tocarse, quedando separados por centímetros con los brazos flexionados y agradeciendo el estar hoy en esta mesa con ella, de las dos hermanas la más pequeña.

Me mantuve lo más lejos posible del centro de la mesa, lo suficiente para permitir que solo ellos dos, los puntos de apoyo, me escucharan sin problema. Él se giró hacia mí, me puso una mano en la rodilla mientras con la otra se recolocaba un mechón de pelo.

—Y, bueno, hablemos de ti, fortachón —me dijo con sorna—. ¿A qué te dedicas? Tu cara me suena de algo, no nos hemos cruzado en algún *pub* de la calle reina? —comentó. Lo locales en esa zona solo tienen una clientela en específico, no le di mayor importancia a eso pero noté cómo la chica de apoyo me miraba de reojo mientras mi objetivo, de las dos hermanas la más pequeña, seguía hablando en un tono cada vez más íntimo con el abejorro inoportuno. Tomé la mano del primer punto de apoyo y la coloqué en la mesa.

—¿Sabes quién es el *Suegro*? —pregunté, disminuyendo la intensidad en el sonido de mi voz, provocando que la chica a su lado se acercara más a nosotros—. Si tu padre es juez, seguro habrás oído hablar del Suegro —agregué.

—Claro —contestó él, los ojos parecían brillarle con el tema—, es el abogado de abogados, quién no lo conoce. ¿Por qué? —se interesó al dejar claro que sabía de lo que hablaba.

—Entonces de eso te sonará mi cara. Mantengo una estrecha relación con su familia, incluso le he ayudado en casos decisivos para su carrera —mentía con lo de haberlo ayudado, pero no en lo de conocer a la familia; saqué una antigua foto que guardaba en mi dispositivo web, en la que aparecíamos el Suegro, su hijo y yo y les mostré.

Los tenía a los dos arrimados a mi lado, dejando a la abeja reina descuidada, algo que ella no tardaría en notar.

—¡Vaya! —exclamó la chica del vestido enigmático—, ¿así que conoces a Holliday? —puntualizó con un tono de perplejidad casi palpable identificando al segundo miembro más joven de la imagen que les mostraba.

—Claro, es un íntimo amigo —les aclaré.

—¿Irás a la fiesta de mañana noche en su casa? Supongo solo acudirá la *crème de la crème* en la ciudad, nosotros invitadísimos por supuesto —se jactó de presumir. La verdad es que Holliday me había comentado de algo así, pero como las fiestas en su casa son día sí y día también, pierdo la cuenta.

Ambos vacilaron un poco antes de continuar con la charla, ella dio un sorbo a su vaso para agregar aparentando desinterés:

—Hablo por todos cuando hago esta pregunta, pero... —hizo una pausa y miró al otro punto de apoyo a su derecha, buscando complicidad—¿cuál es el verdadero nombre de Holliday? Nos morimos por saber —dijo con un brillo oscilante en los ojos. El hecho es que ya ni recuerdo cómo se llama, pero tampoco les iba a decir; Holliday guarda su nombre como su bien máspreciado desde que decidió dejar de usarlo.

—Si les digo cómo realmente se llama, perderán toda oportunidad de ir no solo a la fiesta de mañana, sino al resto de ellas, estarán vetados de por vida en la ciudad, si pueden vivir con ello, entonces les digo... —ambos me detuvieron en el acto.

—Está bien, está bien, dejémoslo ahí —dijeron intercalando voces en perfecta sincronía que podría parecer que estaba ensayado y pusieron un punto y aparte al asunto.

La chica del vestido enigmático comenzó entonces a introducirse a sí misma, realmente no conocía mucho del resto de presentes a la mesa, no me interesaban.

—Soy diseñadora de moda, como cabe apreciar —dijo al hacer muestra de lo que llevaba puesto—. He sido reconocida varias veces en artículos de... —la interrumpió el chico con estilo.

—El único apartado de renombre donde aparece tu apellido es en el de correos cuando haces compras web, nena —puntualizó haciéndola perder los estribos, volviendo nuevamente al eterno dualismo entre ellos.

De una forma diferente a como la imaginé, había logrado que desviarán su atención de las dos hermanas, la más pequeña, haciendo que la dirigieran hacia mí. Simultáneamente, él y ella, los puntos de apoyo, iban agregando detalles a la conversación y comentándolos conmigo de una manera personal de manera que quedase entre nosotros tres. Cuando no estaban ocupados en resaltar sus defectos coincidían en hacer ver el de los demás, ingenuos que se cruzaban al alcance de su vista pero no al del sonido de sus bocas: que si tal persona flotaría en una inundación por estar relleno de plástico o que si cual tuvo que salir corriendo de la gala al dejar olvidado a sus hijos en la guardería. Fue como encender una cerilla en madera vieja, empapada de combustible, la balanza de atención se inclinaba solamente a mi favor. Cuando, por fin, de las dos hermanas la más pequeña, mi único interés en la noche, hizo lo que se suponía que haría, primero puso un muro entre aquel insecto sin reina y ella, y se acercó más hacia mi lado de la mesa, despacio y progresivamente, con la sutileza de un tigre cazando a su presa,



hasta que por fin estuvo lo suficientemente cómoda y cerca para escuchar sin parecer interesada y participar sin tener que levantar la voz.

Intercambiamos palabras, mantuve el mismo tono intencionalmente, para acercar más el espacio entre nosotros, tenía que lograr que ella viniera hacia mí sin pedírselo. Desde el momento en que notara que tenía la voz cantante seguramente me avejizaría, como hizo con el valiente zángano engréido. Me aproveché del gentío para que pudiéramos estar más cerca, para crear algo más de intimidad entre todo el populacho. Ella es realmente impresionante, no era la típica chica hueca. Hablamos largo y tendido, salimos a la terraza, a la privacidad de un balcón labrado en piedra con setos a ambos lados y unas vistas únicas a la ciudad que amenizaban el momento.

—Es una noche singularmente fría —le dije, me quité la chaqueta y se la puse por encima. A ella pareció agradarle el gesto, esbozó una sonrisa, me miró directamente con unos ojos tan brillantes que nada tenían que envidiarle a las propias estrellas.

—¿Qué esperas sacar de todo esto? —preguntó, sabía de sobra que esa cuestión solo tiene una respuesta, una que quien la hace la conoce y de tener un resultado diferente se acabó el juego, así que respiré como quitándome un peso de encima notando cómo el aire se condensaba y podía ver mi propia respiración.

—¿No es evidente? Todo este montaje es por ti, te quiero a ti, eres lo único que me parece interesante de todo este lugar tan burdamente recreado y no me importa parecer un loco diciéndolo tan abiertamente, en estos tiempos donde nos esforzamos por ocultar lo que de verdad sentimos, como si controláramos el día de mañana, quién sabe si al salir el sol en unas horas todo siga estando igual que siempre, si tengo esta oportunidad de hablarte aquí y ahora, ¿por qué callar y esperar a otro momento? —ella hizo un gesto de aprobación, era al parecer lo que quería oír. Me sentí raro pero a la vez lleno de energía como capaz de comerme al mundo, un chute de adrenalina me embargaba por completo. La noche tan

negra como jamás recordaba, haciendo contraste con el sinnúmero de luces de una ciudad que duerme, era una noche sin lunas, con un puñado de estrellas esparcidas por todo el firmamento y este viento gélido que va de la mano del invierno creando esa perfecta ilusión de seguridad e intimidad en un tiempo que avanza más despacio.

Estuvimos en esa terraza un rato más, hablamos del futuro, me contó cómo se sentía atada de manos y piernas y que si pudiera volar se iría lejos. Fue justo en ese momento cuando juraría haberle visto en los ojos un destello azul de nubes blancas, algo breve pero intenso. Bailamos fuera del alcance de la vista de todos, fue algo que solo queríamos compartir para nosotros, reímos, me encanta su forma de reír, es bastante tierna, la fama que la precede no le hacía ni sombra. Me cautivaban sus movimientos, su ingenio, la forma práctica y resolutiva de sus maneras. Me atrajo todo ese poder en alguien que apenas me sacaba unos años, bajé la guardia y dejé de prestar atención al resto de alarmas que sin duda me habrían mantenido alerta. Ella me dejó entrar en su zona de confort con una voz tan dulce que casi se podría saborear, me invitó a seguirla y simplemente cedí ante el momento, deslumbrado por tanta brillantez. Tomó mi mano y avanzó, yo simplemente dejé que me mostrara su mundo.

Dejamos aquella fiesta tan concurrida, el sonido de las voces se fue apagando conforme abandonábamos el recinto. Fuera nos esperaba lo que sería su transporte personal, una excéntrica e increíble limusina de las que usan reyes y reinas.

—Cortesía de la casa —dijo mirando el despampanante vehículo desde todos los extremos, con cara de desagrado hasta decidir que era demasiado sofisticado, que ella no era de esa clase de personas y realmente me gustó oírlo decirlo. Compartimos tanto en común que creo que podría existir algún vínculo entre nosotros. Ese tipo de gente que estamos destinados a conocer y que cuando llegan son como un relámpago o una explosión cargados de energía, de esos que te reactivan. Había una moto a un lado de

la escalera en la salida, ahí sola apoyada, ella se subió y me indicó hacer lo mismo, cosa que hice bastante confiado, le pregunté que si era suya a lo que me respondió que no, mientras sacaba un juego de llaves de su bolso y la encendía. Realmente no me importó si era cierto, poco después me daría cuenta al leer las iniciales escritas en la llave de contacto de a quién pertenecía, pobre insecto sin reina.

Nos adentramos en el silencio de la noche, aunque más bien íbamos rompiendo esa tenue quietud con el sonido del motor, aquella ciudad distante vista desde un balcón pronto nos engullía. Esos altos esdificios formados por pisos hexagoales intercalados, de cuyos bordes, desde los pisos más superiores y en los picos que sobresalen al exterior, se precipitan cataratas, alimentando cada propio generador y dando vida así a la misma ciudad. La brisa de las gotas diminutas al caer se esparcen y diseminan con el viento, rociando el manto de árboles que se alza y se esparce a ambos lados del pavimento. La naturaleza se intercala con lo nuevo y la tecnología se adapta a lo que siempre ha estado, conformado así una magnífica obra de arte. El parpadeo de semáforos en los cruces, las rezagadas hojas de un otoño que recién acababa se esparcían a nuestro paso dibujando siluetas. Seguramente alguna de las canciones de ahora podrían haber acompañado el momento, una donde el continuo ir y venir de luces del alumbrado en la calles, se sincronizara perfectamente con el juego de bajos de una pista atornadora, de esas melodías de ahora, bastante movidas que te dan ganas de conducir hasta el mismo fin del mundo. Aquellas grandes proezas de la arquitectura se fueron quedando atrás, donde altas torres llenas de bloques de apartamentos, ante nosotros ahora se abrían paso casas de barrios residenciales, con grandes jardines, chalets y mansiones que decoraban las colinas.

Pronto nos detuvimos frente a una de ellas que hacía esquina a un lado de un camino adoquinado, una antigua construida en piedra aunque no tan grande y espléndida en comparación con el resto de residencias colindantes. Esta destacaba por sus amplios ventanales, arcos y doble juego de colores que mostraba orgullosa

sobre todas las demás del vecindario, la piedra de base gris y la parte superior pintada de azul. Aquel ruido atronador se detuvo al apagar el motor, puede que sí hubiera una relación entre el sonido y la máquina, ¡solo bromeo! En el momento en el que se quitó el casco, puedo jurar que fue de esas escenas de película donde sacude su cabello a cámara lenta y parece que tiene uno de los filtros de belleza que te hacen seguir al usuario de la cuenta para más detalles. Sacó una llave y abrió la puerta dando paso a una estancia grande donde todo, desde el suelo hasta el techo y las escaleras, iba forrado en madera. Las paredes decoradas con fotos antiguas donde reconocí la Casa de la Mafia en una de ellas, en sus tiempos de gloria y una familia posando frente a esta, de esas fotos en blanco y negro, la señora aunque bien arropada bajo los trajes de época dejaba ver su avanzado estado de embarazo y el caballero con smoking y sombrero de copa en mano, posando orgulloso de su legado.

Después de tontear un poco en el recibidor con la música, algunos chupitos y poses privadas, pasamos a una estancia más íntima al fondo, donde me recibía una mesa repleta de libros, manuscritos y velas desgatadas. «¿Quién usa velas en esta época?», reflexioné para mí yo más interno, claramente todo estaba intencionadamente colocado para crear ese tipo de ambiente. Era bastante extraño, pero el momento lo acompañaba todo, lo permitía todo, incluso a los pocos segundos me pareció bastante erótico. Me le acerqué, ella es unos centímetros más baja, pero no mucho más, lo justo. Estábamos hechos anatómicamente para compartir este espacio, este tiempo. Con una mano le acaricié el rostro, mientras su cabello, negro azabache, caía en bucles. «Es perfecta», pensé. Sus labios me robaban el aire, y la besé, ella me devolvió el beso, una sensación cálida con sabor a miel, por alguna razón y así puedo describirlo, como mojarle los labios con miel tibia. Lentamente me desabotonó la camisa, empezando por arriba y luego picaronamente me empujó, haciéndome caer sentado en una pequeña silla de madera que había frente al escritorio.

Algo no iba como se suponía, no me sentí sentar, sino más bien era parecido a hundirme en el asiento. Comenzaba a encontrarme mareado, creí haber bebido un poco más de la cuenta en el momento que escucho a mi espalda la puerta se cerrarse. Alguien había entrado pero no lo lograba ver desde este ángulo e increíblemente girar me era bastante costoso. Dicho sujeto ataviado con bufandas y un traje largo me pasó por el lado, se me plantó a pocos metros de pie y con una linterna me enfocó a los ojos concluyendo que estaba casi listo. ¿Qué mierda significaba eso?, no sé si lo pensé o lo dije. De pronto habló mientras se iba aligerando un poco de ropa, con una voz serena, como si no pasara nada. Era la mayor de las dos hermanas quien acababa de hacer acto de presencia mientras la más pequeña se sumía en lo que parecía ser la profunda lectura de unos manuscritos sin siquiera levantar la cabeza. Todo esto es demasiado surrealista, acaso sabrían algo de mí que no se suponía. «Puto», me dije, «tenemos que salir de esta». Ya la vista me comenzaba a fallar, y todo me daba vueltas, intentaba mantener mi mente clara, despejada, traté de aferrarme a toda costa a una idea, cualquiera y no soltarla, puede que de esa manera siguiera siendo dueño de mí.

Intenté centrarme en lo que realmente me trajo aquí, quise aislar todos los sentimientos que pude haber desarrollado en el camino, desde que me senté alrededor de la mesa redonda y me adentré en su círculo. ¿Motivado en qué? Buscaba lo que ellas tenían, todo eso que poseían lo quería, su fama, sus habilidades, todo, pero en este momento, ni siquiera soy capaz de tomarme a mí mismo e irme de aquí. Una de las cosas que me fijé al llegar era en la forma de entrar y salir y si había más de una manera. No es la primera vez que debía improvisar una huida en medio de la noche, pareciera que todas las chicas en las que me intereso lo más mínimo estuvieran en una relación complicada y/o buscando una aventura, sin complicaciones y eso es genial, todos salíamos ganando. ¿Por qué esta chica no era de esas? Una como cualquier otra, que buscase un rato divertido sin consecuencias u obligaciones. En la misma

noche, la misma persona, había pasado de ser un suceso fortuito a una piedra en mi camino.

La vista se me nublaba, de las dos hermanas, la mayor se me acercó y me dio algo a oler, un aroma que específicamente no podría identificar para relacionarlo con algo en concreto, pero sin duda se trataba de una fragancia que definitivamente ya había oído antes, cuya esencia traía consigo un recuerdo muy familiar. Ese sentimiento de similitud me hizo reafirmarme en mi realidad y mantenerme consciente. No dejaba de repetirme a mí mismo que aún tenía que aguantar, aunque no estoy seguro si era mi voz o la suya la que escuchaba, ella procedió entonces a explicar qué tipo de droga me habían dado, dijo llamarla el sueño dulce.

—Te necesito consciente —expresó con una voz bastante calmada—. El efecto de este sedante anulará gradualmente tus aptitudes psicomotrices, pero te mantendré lúcido todo lo que sea necesario.

Intentaba autoconvencerme una y otra vez que tenía que ser una broma.

—¿Qué clase de brujas sádicas son? —les grité a la cara, ella simplemente manifestó un pequeño gesto de desconcierto y le dirigí unas palabras a su hermana pequeña.

—¿Ya estaba listo...?

«¿Qué mierda puede significar eso, listo para qué?», pensaba para mí.

Tras un silencio de unos pocos segundos a mi parecer que se me hizo eterno, de las dos hermanas, la más pequeña por fin se levantó de su escritorio. Dejó toda esa lectura que la había mantenido al margen, tomó una botella en la que hasta ahora no había reparado, de entre un grupo de cinco más, cada una diferente a la anterior. Conforme se iba acercando pude fijarme a duras penas en algunos detalles, mi visión era cada vez peor y seguía mareado. Aquella botella era igual a cualquier otra de cristal oscuro pero así es como podría describirla. La etiqueta representaba el dibujo de una ciudad dorada de altas cúpulas que parecían titilar, en un color

vivo y brillante, podría relucir en toda la sala o quizás era el efecto del sedante. Joder, sentía que iba a caer en cualquier momento. La hermana mayor me acercó una vez más la misma esencia, que sin duda me reactivaba, me dijo entonces, como si fuese capaz de comprender una sola palabra, que la botella era un *quielpi*, o eso entendí.

—Malditas frikis —les volví a gritar. No dejaba de enfocar a de las dos hermanas, la más pequeña, tratando de entender cómo podía ser parte de esto. Ella ni siquiera me devolvía la mirada—. Mírame —le grité, mientras la mayor a modo de abrirme la boca colocó una mano en mi mandíbula y la otra en mis mejillas, para imposibilitar que la cerrara por inercia, porque ni fuerzas tenía ya para eso. De las dos hermanas, la más pequeña, posicionada a mi espalda, comenzó a verter el líquido en la botella a la par que ambas recitaban al unísono, una frase que resonaba en mis adentros, haciendo ruido.

Sentir no sentía nada, cada vez que intentaba respirar ingería más de aquel líquido que me forzaban a beber. Traté de forcejear pero era inútil, mi cuerpo no respondía a ninguno de los estímulos. No era capaz de incorporarme, ni gritar, ni siquiera era dueño de mí. Estaba ahí sentado, pero era más pequeño que eso, era como verme desde dentro, desde un espacio oscuro donde me sentía asechado. Sabía que algo más deambulaba en la oscuridad bajo el manto lóbrego que lo consumía todo. La voz de las dos hermanas parecía provenir desde lejos, en la inmensidad de la distancia. Al principio como murmullos ineludibles, recorriendo aquel vacío absoluto, rebotando en cada rincón y perdiendo palabras por el camino. Sus voces me alcanzaron a la vez, con tal fuerza que me hizo retroceder unos cuantos pasos. Fue entonces cuando pude escuchar apenas el final de la frase «... las riendas del caos». Con esto se sobrevino el silencio y tras él, unos pasos que se dirigían a mi encuentro. Comencé a correr hacia la nada, en sentido contrario al sonido, no avanzaba pero sentía que algo venía hacia mí, lento y seguro de que podría alcanzarme sin mucho esfuerzo. Corrí

tan rápido como pude, pero no me sentía avanzar y aquellos pasos estaban cada vez más cerca. Tenía que tratarse de un mal sueño, es evidente que lo es, me aferraba a la idea de que debía ser eso y nada más. Pedí despertar de aquella pesadilla, corrí y corrí y...